

ESTO ES BUENO

por Lluís Pasqual (*)
Traducción: Inmaculada Alvear

La imagen de la felicidad quizás sería esta: en primer plano, ligeramente sobre la derecha, un hombre alegre, visto de frente, embargado en el movimiento que le hará dentro de poco salir del marco del objetivo, va vestido de negro, pantalón y jersey, las prendas son como las que se llevan actualmente.

El reloj de pulsera confirma la hipótesis de la contemporaneidad: el hombre ha deslizado una mano sobre su pecho, como para comprobar mejor, al contacto con el cuerpo radiante, la alegría que expresa su rostro, la risa larga, los ojos casi cerrados. Detrás, una construcción simétrica delimita el espacio; a derecha y a izquierda, un pequeño muro no muy elevado sobre el que se apoyan tres columnas cilíndricas sosteniendo el travesaño del techo; entre las dos columnatas, un espacio abierto, una salida, sin duda sería conveniente la palabra "puerta", por más que se acuerde el significado un poco extraño que él sueña en las obras de ciencia ficción, sí, un espacio abriéndose al vacío, sobre un agujero negro. Del grupo de personajes que se introducen, algunos en efecto han desaparecido ya, otros, en el límite exacto de franquearla, se difuminan, no se distingue más que la silueta definida del traje de un hombre visto de espaldas, el trapecio blanco del cuello de su camisa, los vestidos de dos mujeres que le rodean, la cinta en el pelo de una de ellas. Todavía en la distancia, pero dirigiéndose también hacia la penumbra, un tercer grupo, un hombre y una mujer en el centro y formando como una doble hilera, entre la que avanzan tres personas que vemos de perfil, con ricos vestidos recargados de la burguesía comerciante del siglo XVIII, peluca empolvada.

Todo, ropajes y direcciones en los que se inscriben (unos incorporando el presente, los otros absorbidos por el pasado), separa al hombre del primer plano de los personajes que ocupan el fondo de la imagen; un nexo por lo tanto les une, la hilaridad compartida, asida antes de que ellos se

vuelvan sobre los rostros que se distinguen de perfil. Entre el hombre y los visitantes, un espacio blanco, como testimonio luminoso de un improbable encuentro.

Imagen de felicidad. El ensayo ha terminado. Los actores de *Una de las últimas noches de carnaval* salen del fondo; yo me incorporo a la sala.

Cuando evoco a Goldoni, es casi siempre esta fotografía repetitiva lo que surge con fuerza en la memoria, emblemática de un estado de felicidad en la que se bañan todas las cosas: por otra parte los rostros radiantes y la sonrisa de los ojos, incluso los objetos; estando ahí, me parecen modificados, los muros del teatro difunden un calor dulce, es como una gracia. *Una de las últimas noches de Carnaval*, será de alguna manera el rostro claro, el reflejo luminoso en oposición a la oscura mitología de *Macbeth*, texto funesto que genera alrededor de sí desastres y catástrofes.

Goldoni representa para mí esta capacidad indefinidamente renovadora de hacer nacer la felicidad, de convocarla.

Y si los personajes de la fotografía parecen discretamente desvanecerse en un pasado ausente, nada se diferenciará más de una aparición de fantasmas que lo que tiene lugar cada tarde sobre el escenario: aquí nada de evocación nostálgica de un paraíso perdido, ni la sombra de una añoranza de la Arcadia. La sincera hilaridad que deforma mi rostro y parece casi entrenar mi cuerpo en la danza bastará para probarlo.

Esto, nosotros lo supimos cuando decidimos reponer, en enero de 1990, en el teatro Lliure, *Una de las últimas noches de Carnaval*, que habíamos creado en 1985.

El espectáculo respondía a la increíble necesidad del dulzor surgido en el corazón de una actualidad siniestra: estábamos en plena crisis del Golfo.

(*) Lluís Pasqual es director de escena y director del Teatro de Europa



"Un dels últims vespres de Carnaval".
Direcció: Lluís Pasqual.
(1991).
Teatre Lliure.
(Foto: Ros Ribas)